

Dietrich von Hildebrand: evolución espiritual desde la fenomenología al Catolicismo

Dietrich von Hildebrand es desde 1941 profesor de Filosofía en Fordham University, New York. Durante el pasado mes de julio, con un grupo de Universitarios americanos, ha recorrido parte de España en un viaje de estudios por las rutas de la tradición católica, persiguiendo las manifestaciones del arte y del espíritu cristiano. Ha entrado en contacto con algunos círculos intelectuales de España a los que reveló el proceso de su evolución espiritual. Von Hildebrand habla apasionadamente. Su espíritu abierto a la voz de las cosas, busca en todo el fondo de belleza de verdad y quiere comunicarlo a los demás.

Hijo del escultor Adolf von Hildebrand, nació en Florencia. Su niñez transcurrió en Italia y su formación universitaria en Munich. Él fué de los primeros fenomenólogos de la «Escuela de Göttingen», que se agrupó en torno a Husserl en la primera década de nuestro siglo.

Adolf Reinach («Der Phänomenolog an sich», en frase de Hedwig Conrad-Martius) era el lazo de unión entre Husserl y aquellos jóvenes universitarios que se reunían en su Seminario: A. Koyré, J. Héring, D. von Hildebrand, Ingarden, Rudolf Clemens, Theodor Conrad, Hedwig Martius. Sólo quien haya estudiado en Göttingen, diría después Edit Stein, entre los años 1905 y 1914 puede medir lo que nos hace vibrar este nombre. En el margen de esta escasa década, en un ambiente de alta tensión especulativa, se desarrolló el primer florecimiento de la Fenomenología truncada por la primera guerra mundial que sacrificó algunos de sus mejores representantes, entre ellos al mismo Reinach. La dispersión causada por la guerra fué la causa, según Hedwig Conrad-Martius, de que la Fenomenología dejara de nombrarse en los círculos filosóficos. Y en aquel primer florecimiento fué cuando von Hildebrand sintió también el potente influjo de Max Scheler, al margen de la escuela fenomenológica como tal.

Nunca ha brillado tan puro en un hombre el «Fenómeno del genio» han confesado los que trataron a Scheler. En gran cer-

canía espiritual con la Iglesia Católica, el autor de la *Ética* de los valores pugnaba con todo el magnetismo de su genio por dirigir hacia ella a los que entraban en su contacto. Había llamado insistentemente la atención sobre el fenómeno de los Santos, como dato que se imponía a cualquier espíritu libre de prejuicios, mucho más a un fenomenólogo.

Dietrich von Hildebrand encontró en esta idea el punto de partida hacia el Catolicismo. Únicamente podía ser verdadera aquella Iglesia que tenía a su favor tales testigos: los Santos como un dato real, como «fenómeno», encarnaciones en las que resplandecía «la faz amada de Cristo». Von Hildebrand nunca había dudado de la Divinidad de Jesucristo. Ya a los cinco años, en el seno de una familia protestante casi indiferente, había dicho a su hermanita en un arranque inexplicable, «yo te juro que Jesús es Dios». Jamás se borró de su memoria. La realidad de los Santos subrayada por Scheler le hizo después establecer una conexión entre las experiencias religiosas que él había vivido y el Catolicismo.

El Catolicismo de von Hildebrand es también una fenomenología. No ha tenido que renunciar a sus primeras orientaciones, porque —como confesaba Reinach— la Fenomenología no es un sistema sino un método de filosofar. (Quizás se debió a esto el doloroso distanciamiento entre el Husserl de *Ideen II* que declinaba hacia su «idealismo trascendental» y los discípulos que no querían apartarse del «realismo» que les había enseñado). Von Hildebrand ha heredado de Husserl un inmenso respeto por las cosas, por lo «inmediatamente dado», anterior a cualquier teoría o construcción subjetiva. Subraya insistentemente una abertura contemplativa del espíritu a los seres y propugna un filosofar siempre dispuesto a cambiar el rumbo de la construcción si en ella no encaja el dato real.

Su herencia scheleriana es quizá más profunda. A él le debe el primer impulso hacia el Catolicismo; —ahora, en radical divergencia con su maestro, es inconcebible para él que un talento como Scheler se apartara del Catolicismo—. Y sobre todo, le debe su orientación valoral, la mirada clara de sus ojos abiertos a la radioactividad de los seres. Todas las cosas tienen un mensaje para el hombre, una llamada que exige de él su adecuada respuesta. Procura captar con todo el hombre, agustinianamente, el logos de cada situación que determina objetivamente la respuesta humana. Frente al relativismo subjetivo de la *Situationsethik*, su *Christian Ethics* establece firmemente la objetividad absoluta del mundo de los valores morales y de las respuestas. Se impone un esclarecimiento de la mirada para poder captar la realidad de los valores. He ahí la lección de los santos liberados de las raíces del mal moral que enturbia la captación valorativa. Los santos se le han presentado a la vez como un dato de hiriente grandeza,

heroísmo supremo sobre cualquier otra dignidad humana, y como encarnaciones marcadas con el signo de Cristo, campos de experimentación de la gracia: esa «transformación en Cristo» que él mismo ha sentido. En sí mismo y en algunos de sus más allegados ha visto revelarse fenoménicamente esa «Umgestaltung» —«metánoia»— debida al tratamiento de las manos de Cristo sobre el pobre material humano. De ahí que sus ojos, acostumbrados a tales fenómenos trascendentes, hayan adquirido una simplicidad valorativa y un ingente idealismo espiritual que se hace patente al primer contacto.

Los que le han tratado un poco pueden apreciar el alcance de su postura contemplativa integradora frente a todos los valores. «On the path of Catholic Tradition», ha perseguido a través del mundo las manifestaciones del espíritu cristiano encarnadas en los fenómenos artísticos, litúrgicos o vivientes. Se ha emocionado ante el románico segoviano, arquitectura casi funcional, fortaleza y penumbra, hecha para orar ante un Crucificado mayestático: vestigio mudo y sereno del profundo espíritu de hace un milenio; ante la armonía del Escorial como floración orgánica del paisaje y, sobre todo, ha sentido honda conmoción con el canto gregoriano, exhalación milenaria de los anhelos de la Iglesia.

ANTONIO SOLANA, S. I.

*Facultad Filosófica de Chamartín
de la Rosa. Madrid.*